

El amanecer de Reinaldo Arenas

Eliseo Alberto

LA PRIMERA VEZ QUE VI A REINALDO ARENAS LE DI UN ABRAZO; LA ÚLTIMA, LE DI LA espalda. Entre una tarde y otra pasaron unos trece años, y en ese tiempo los dos debimos haber cambiado mucho —no necesariamente para bien— Reinaldo y yo sólo teníamos un defecto en común: ambos éramos tímidos. Y un par de tímidos cara a cara son dos trenes frente a frente. Si se encuentran en una fiesta, por ejemplo, y buscan saludarse, uno de ellos tropieza con el mesero de las copas y el otro se enreda en los cables del tocadiscos, provocando así un sonoro y cristalino desastre: si les va bien, logran darse las manos desde el suelo, entre las piernas de los anonadados anfitriones. Sus amigos y enemigos más cercanos seguramente tienen otra impresión de él (sin duda, dejaba huellas diferentes), y la imagen que se desprende de su literatura puede ser la de un cubano endemoniado y divertido que recorrió el mundo lanzando insultos a diestra y a siniestra, mas yo lo recuerdo envuelto en la gasa de la timidez, como una odalisca campesina que nunca se deja ver los ojos y sólo ríe de sus maldades cuando nadie la mira. Como suele sucedernos a todos, existían al menos dos Reinaldos: uno palpable, público, que se movía cabizbajo por los escenarios de la sociedad literaria habanera, siempre con la tentación de un buen libro bajo el brazo, y otro Reinaldo secreto, privado, que al menor descuido se quitaba la ropa, se afilaba las uñas comenzaba a despellejar a los ausentes, embriagado por el veneno de la maledicencia, uno de sus licores preferidos —además del té, que gustaba beber sin azúcar—. Lo confieso: la primera vez, yo estaba lleno de ilusiones, la última, me moría de miedo. Su libro de memorias, *Antes que anochezca*, no deja lugar a equívocos: el Reinaldo viperino acabó por sepultar al tímido —de quien sólo se salvaron unas cuantas fotos, casi todas de medio perfil y con camisas de mangas cortas, blancas y apretadas al antebrazo—. Pienso que logró imponerse por una razón demoledora: parece haber tenido la premonición de que iba a morir pronto, que el almanaque, gastado en cárceles y cuartuchos de hoteles, no le iba a alcanzar para pecar y escribir todo lo que le dictaba al oído su demonio de la guarda. Era un hombre no sólo inquieto: tenía apuro. Para colmo, le tocaron unos años incendiarios, los de una Revolución prejuiciosa y machista que no quiso permitirse el lujo de compartir con «escorias humanas», como Arenas, ni siquiera un metro de playa. El Hombre Nuevo estaba obligado a ser un virtuoso, y cualquier maldito resultaba, en consecuencia, un enemigo. En cualquier parte, los locos más peligrosos son los que justifican sus delirios con el argumento de que la «Historia les dio la razón», como si la historia fuese Doctor Dios y no lo que todos suponemos: un montón de libros que no se leen muy a menudo. Al autor de *Viaje a La Habana*, la policía lo

persiguió con la furia de un sabueso que busca su liebre en el bosque, mientras sueñan, a lo lejos, las cornetas de los elegantes cazadores. Él también dio la talla, no se crean, porque no era un hombre de dejarse doblegar sin pataleta: un poeta acosado es un gato boca arriba. Casi un tigre. Además, las islas son callejones sin salida, así que Reinaldo tuvo que escalar los muros a mano limpia: por eso, cuando quiso volver a escribir en el exilio, las tenía tan duras. Acosado por el odio y ardiente por gozar, más que por ser querido, oculto o altanero, en Marianao o en Miami, jamás pudo despertar de la pesadilla que resultó de su rarísima existencia. Sobrevivió de fuga en fuga, escapando, aunque siempre que huía, como era un loco de atar, alzaba las manos por encima de la cabeza y, a riesgo de perder el equilibrio, se ponía a palmear una invisible pandereta, sin volver la vista atrás. ¿Por quién aplaudía? ¿Por quien va a ser: por él! Tal vez, aunque lo dudo, sólo en el segundo antes de suicidarse habrá conseguido un poco de paz. Ya daba igual, por fin sería libre y soberano, como confiesa en su rabiosa carta de despedida.

Debo admitir que no conozco ninguna sociedad lo suficientemente amplia y generosa donde Reinaldo hubiera podido encontrar un espacio menos hostil que el que consiguió, tanto en Cuba como en Estados Unidos. Acá lo acusaron de inmoral; allá de impresentable, una suerte de Oscar Wilde tropical, sin la elegancia del inglés, dandi y recurrente. Para ganarle tiempo al tiempo, echó a volar sobre campos minados de intolerancias, prejuicios y moralinas. Entretanto, las pocas noches que logró un descanso, escribió a paso doble una obra voluptuosa e imperfecta, un rosario de novelas que se imitan unas a otras, que se calcan, se clonan y se repiten, como ecos de un grito aterrador. Los ecos no siempre se entienden, porque la voz, al rebotar, se empasta. Tres de sus muchos libros bastan, sin embargo, para justificar el sitio de preferencia que los académicos le han concedido en el canon de la literatura contemporánea: las novelas *Celestino antes del alba* y *El mundo alucinante*, y sus destructivas memorias —donde tan cruel es con muchos de los que mucho lo quisieron, entre ellos mi padre, el poeta Eliseo Diego—. ¡Diablos, qué implacable! No dejó útere con cabeza, hasta el punto de terminar él mismo degollado, de puño y letra. «El testimonio de mi odio por toda la humanidad» resulta un catálogo maestro de lo dañinos que pueden ser la envidia y la ingratitud en el corazón de un genio. Entre el amanecer de su primer libro, hasta el crepúsculo de su último reclamo, Reinaldo Arenas escribió con semen y sangre una obra que parece pensada por un muerto que de nada se arrepiente. Que en paz descanse, si así lo desea. Lo dudo.

Vuelvo al día que lo conocí. Hasta el momento de aquel primer abrazo, nunca me lo había topado en el camino, aunque sabía de su enorme talento por mi padre, quien meses atrás había descubierto al holguinero Arenas en un Taller de Lecturas que organizaba en la Biblioteca Nacional. Reinaldo tampoco tenía por qué conocer al muchacho de quince o dieciséis años que le oprimía el esqueleto con esa fuerza descomunal que suelen tener los torpes de seis pies y tres pulgadas de estatura, lo mismo para saludar a un extraño que para cortar una rosa en el parque público. Por esas fechas acababa de publicarse *Celestino antes del alba*, y yo presumía ser de los primeros lectores. Entonces no pude frenar las ganas de que supiera cuánto lo admiraba. Creo que me agradeció el estrujón. ¡Ah, qué libro...! Me veo tumbado en mi cama, al pie de una enorme ventana, metiéndome la novela por los ojos, letra a letra. Luego nos cruzamos

en muchas ocasiones, y nos detuvimos a platicar unas pocas, bien en los cafetines del Parque Lenin, bien en los vestíbulos de los teatros, donde siempre nos encontrábamos porque los dos nos pegábamos a las paredes para pasar inadvertidos. La última vez que coincidimos, por pura casualidad, fue en el paseo del malecón habanero, poco antes de que Reinaldo escapara de Cuba por uno de los agujeros más negros de nuestra historia: Mariel, un puerto que quisieron convertir en basurero humano y resultó un símbolo de resistencia. Corrían días horribles. Horribles. La dirigencia del país, sorprendida por los sucesos de la Embajada de Perú en La Habana, donde habían hallado refugio más de diez mil cubanos en unos cuantos metros cuadrados de terreno, decidió expulsar hacia el océano a todo aquel que resultara incómodo al sistema, sean locos napoleónicos, asesinos confesos, disidentes lenguaraces u homosexuales sin complejo, hasta sumar ciento veinte mil aborrecidos. No quiero acordarme de esa salvajada. Reinaldo y yo caminábamos por el malecón, solos. Lo reconocí desde lejos. El sol del atardecer, insoportablemente anaranjado, recortaba a contraluz su guajira cabellera. ¿Estaría despidiéndose de esa ciudad ofendida que tanto lo cuestionó; de ese mar-madre donde tantas veces quiso extraviarse, dando volteretas bajo el agua; de ese cielo tan indiferente que nunca le regaló un sueño amable? Crucé la calle. Le di la espalda. Desde la acera de enfrente, tuve la impresión de que iba silbando. ¿Me habrá visto? Luego supe de su muerte, en Nueva York, ahogado en una bolsa de hule. Recuerdo el alma de papá cuando le dije la noticia: el dolor lo transparentaba. Nunca lo había visto llorar de esa manera, como si se le hubiese roto algo dentro: se cavó el mentón en el pecho y comenzó a rezar en voz baja y áspera. Creo que estaba seguro de que su solicitud de clemencia iba a valer un pepino. Yo volví a sentir miedo. Demasiado. Perdí la tarde pensando en dónde diablos estaba Dios.

No se extrañe nadie si en la transmisión televisiva de los Oscar, de pronto se ve pasar una sombra saltarina, un fantasma sin camisa que hace muecas a los presentes, muestra el trasero ante las cámaras y pretende despeinar a Javier Bardem. Por nada de este mundo, o del otro, Reinaldo se perderá esa fiesta. Irá al frente de una comparsa de espectros juguetones. Gane o no gane Javier, yo le aplaudiré a Reinaldo desde mi cuarto, sin pedirle perdón ni perdonarlo. Sé que es tarde ya para decirle que lo admiro, a pesar de los pesares, porque aseguran de buena tinta que a los muertos como él les importa un rábano el odio o el cariño: el verdadero infierno, para ellos, fue la vida.

(Tomado de *El País Semanal*, 18 de marzo de 2001)